

SANFÉLIX, Vicente: *Mente y conocimiento*. Madrid: Biblioteca Nueva. 2003, 413 pp.

El libro de Vicente Sanfélix tiene un aspecto bifronte. Por una parte, encontramos una reflexión, a la vez histórica y sistemática, sobre el problema del conocimiento. Como reflexión histórica, el texto parte de Descartes, en tanto que fundador de la modernidad filosófica e instaurador del problema del conocimiento, en detrimento del problema del ser, como eje central de la meditación filosófica, y culmina con Wittgenstein. En el camino fascinante que se recorre y en la forma de saborearlo, Locke, Kant, Hegel –presentado como cúspide de la crítica a la teoría moderna y kantiana del conocimiento–, Russell, Moore y el positivismo lógico, Husserl y Quine, forman los mojones fundamentales que marcan la ruta. Esta sección histórica, sin embargo, tiene una meta sistemática que sirve para trenzar los diversos autores y escuelas filosóficas mencionados. El fin es pensar sobre “los avatares del fundamento”, título con el que se presenta esta hornada de reflexiones sobre el conocimiento humano, sobre su fundamentación, sus límites y sobre las perspectivas actuales de toda posible teoría sobre él. Es especialmente la cuestión de la fundamentación del conocimiento, íntimamente relacionada con la de su justificación, la que permite cribar y organizar un material histórico gigantesco y complejo que, de otra manera, se nos presentaría inabordable e informe.

Por otra parte, el problema de la mente, verdadero protagonista de la reflexión filosófica y psicológica de la última mitad de siglo XX, ocupa la segunda gran sección del libro, algo menos extensa que la primera, cuya temática se presenta a través de la enunciación del problema rector en este ámbito: las relaciones mente-cuerpo, unas relaciones que Vicente Sanfélix tilda de “aporéticas”. Las tesis de los diversos autores y tendencias filosóficas que se recorren en esta segunda parte están principalmente dispuestas en torno a los conceptos de conciencia, conducta, cerebro y función, y a la relación, o falta de ella, que los referentes de estos conceptos tienen con la mente. El estudio de estas relaciones dará lugar a la investigación del puesto de la mente en el cosmos físico, tema central del naturalismo ontológico contemporáneo, pues es precisamente por el lugar que la conciencia, la conducta, el cerebro o el mecanicismo funcionalista dejen, cada uno a su manera, a la mente y a los estados mentales dentro del orden natural, como se concebirá y definirá diversamente la noción misma de mente. Desde esta perspectiva se aborda el problema de la eliminación de la mente

y el de la peculiar anomalía que ella representa dentro de un mundo causalmente cerrado de objetos físicos, únicos a los que el naturalismo reconoce una existencia incontestable. De cada una de las posturas fundamentales que se han defendido en el siglo XX sobre las relaciones mente-cuerpo se presentan, discuten y analizan los autores fundamentales que las han preconizado.

Estas dos partes del libro están precedidas por una larga introducción con un título muy significativo para entender algunas de sus tesis de fondo: “Teoría del conocimiento y filosofía de la mente: De la génesis a la destrucción”. Llama la atención, de entrada, la utilización de conceptos con resonancias eminentemente hermenéuticas, como son los de “génesis” y “destrucción”, para hablar de la teoría del conocimiento y de la filosofía de la mente y para hablar, en consonancia, del conocimiento y de la mente, no tanto porque la hermenéutica no se haya ocupado de estas disciplinas filosóficas y de sus objetos –y, si no directamente de ellos, como ocurre en el caso de la mente, sí de algunos otros emparentados históricamente con ellos como los de sujeto y conciencia–, sino porque esos dos conceptos sirven respectivamente como indicadores del auge y declive del problema del conocimiento en su planteamiento moderno y del problema de la mente en muchos planteamientos contemporáneos. Este ocaso de los problemas que majestuosamente se apoderaron de la filosofía sería la consecuencia de aplicar la reflexión crítica sobre los presupuestos en los que se basan la teoría del conocimiento y la filosofía de la mente. En este ejercicio reflexivo consiste para Vicente Sanfélix la tarea de la destrucción filosófica de una disciplina o de un problema filosófico o, incluso, de toda una época filosófica. La finalidad de esta tarea, siempre abierta e inacabada, es, tomando en préstamo algunas ideas heideggerianas, hacer más terna la tradición fosilizada y mostrar las capas de sentido que se han ido depositando, a la vez mostradoras y encubridoras, sobre los problemas y sobre su misma enunciación.

El resultado de semejante ejercicio de destrucción de la tradición no está, sin embargo, absolutamente claro pues parece que se nos invita a considerar dos *desiderata* cuya relación no se percibe quizás con total transparencia. Si bien es verdad que el autor considera que ninguno de los presupuestos que posibilitaron el surgimiento de la teoría del conocimiento y de la filosofía de la mente pueden ser sostenidos ya más con verosimilitud, no menos cierto es que también considera que, sobre las ruinas acumuladas de estos gigantes, debemos intentar ser capaces de volver a erigir otra vez “los fines críticos e ilustrados que ellos perseguían” (p. 75). Por tanto, se nos propone renunciar a todos los aspectos primarios del proyecto moderno en teoría del conocimiento a la vez que se nos anima a mantener los fines morales y políticos que ese proyecto posibilitó, amparó y promulgó. Desde este punto de vista, uno de los caracteres más originales de este libro es que nos presenta los problemas siempre técnicos y arduos relativos a la investigación filosófica de la mente y del conocimiento –expuestos en el texto con especial maestría, lucidez y amenidad– relacionados a la postre con problemas de índole práctica (moral y política). Estos aspectos prácticos se muestran más fácilmente y en un terreno mucho más concreto y tangible en el ámbito de la filosofía de la mente. En este terreno Sanfélix se muestra infinitamente crítico y combativo, y con razón, especialmente por lo que respecta a las consecuencias morales de las tesis eliminacionistas de autores como Paul Churchland. La eliminación del vocabulario característicamente intencional, es decir, de las palabras que denotan estados mentales, en favor del lenguaje objetivista de la neurofisiología, impide no sólo la narración biográfica y, por tanto,

también la narración autobiográfica, fulminando todo recurso conceptual y lingüístico para hablar de lo humanamente interesante, sino que nos sitúa ante una concepción puramente instrumental de la racionalidad y la normatividad en la que ya no es posible o, al menos, no es fácil, dar cabida a un discurso moral. El eliminacionismo se sitúa en un ámbito amoral, que puede derivar fácilmente hacia el terreno de lo abiertamente inmoral, dado que impide que nos concibamos como agentes y no como meros sucesos, por resumir el asunto con acentos davidsonianos. Si todo transcurre en el ámbito de los sucesos neurofisiológicos sin ningún tipo de agencia no se ve por qué debemos gastar el tiempo y, sobre todo, lo que se gasta de verdad, el dinero, en persuadir y argumentar con los demás, sobre todo con los que consideramos más “ariscos” en la sociedad, en lugar de practicar directamente con ellos trepanaciones y lobotomías.

Este trasfondo práctico tiene, además, su continuidad en ciertas tesis metafilosóficas que afectan especialmente a cualquier intento de construir teorías sobre el conocimiento y la mente que no tengan en cuenta la historicidad de los problemas relativos a estas cuestiones, es decir, el hecho de que éstos cambian, se transforman y se inscriben en conjuntos teóricos que sufren la misma clase de cambios y transformaciones que los problemas. Desde este punto de vista metafilosófico, Vicente Sanfélix caracteriza a la filosofía analítica, uno de los blancos a batir fundamentales en este libro, al menos por lo que a su actitud histórica y, por tanto, también filosófica, como una tradición que carece de “un alto nivel de autoconciencia histórica” (p. 72). Precisamente de este rasgo se extrae en el libro la consecuencia historicista de que esta falta de conciencia histórica es, precisamente, un rasgo histórico muy concreto que se muestra con especial fuerza en el hecho de que ambas disciplinas, especialmente la filosofía de la mente, han considerado durante mucho tiempo que los objetos que investiga son entidades atemporales, con una constitución fija y estable. La mente se ha concebido como una entidad natural o cuasi-natural con un carácter transcultural y transhistórico que tiene la suficiente definición y autonomía como para que se dedique a ella una disciplina teórica científica no reducible a otras.

Me parece de especial relevancia filosófica señalar de qué forma están imbricadas íntimamente en el libro las tesis filosóficas de primer orden sobre el conocimiento y la mente con las tesis metafilosóficas sobre la actitud y los fines que muchos filósofos creen que hay que adoptar cuando se filosofa sobre estas cuestiones. El “método” hermenéutico de destrucción de la tradición permite extraer la conclusión de que la teoría del conocimiento y la filosofía de la mente han absorbido en gran medida la tesis según la cual el sujeto que conoce y el sujeto que tiene o es una mente –cualquier cosa medio oscura y medio clara pero siempre compleja que esto signifique– comparten la característica de poder estar desvinculados del mundo natural y social que los “rodea”, sin identificarse nunca plenamente con ellos. Por eso se los puede estudiar como conciencia o como mente que conoce sus contenidos al margen de los contenidos mismos. Y es precisamente este rasgo de la desvinculación del sujeto respecto del mundo que ha construido el filósofo el que transpira en el propio filósofo respecto de su desvinculación de la historia de los problemas que aborda y, a la postre, de la propia historia de la filosofía sólo dentro de la cual tiene sentido su tarea, y no respecto de unos problemas absolutos e intemporales. En este sentido, al menos como estrategia crítica general, parte de la trayectoria argumentativa de Vicente Sanfélix se asemeja a las que han transitado, de formas tan interesantes como polémicas, otros autores como Aladair

MacIntyre y Charles Taylor en el ámbito de la filosofía moral o Heidegger en el ámbito de la metafísica.

Lo que quizás se echa en falta en este libro es alguna tesis vertebral que, como en el caso de otros autores de raigambre historicista como Heidegger, MacIntyre o Taylor sirva para ver, más allá del mundo heraclíteo del cambio de los problemas y de los significados, qué es lo que, a pesar de todo, permite determinar con cierto grado de concreción y rigor lo que en este cambio se muestra y lo que se oculta. Si no contamos con esta guía mínima, corremos el riesgo, nada desdeñable, de convertirnos en “oponentes a ...” –cosa que en sí misma no es nada malo–, sin transitar decididamente a la elaboración de una teoría alternativa a las ya criticadas. Con esto no quiero decir que la contribución de Vicente Sanfélix seaprimariamente negativa o crítica o simplemente expositiva, sino que su contribución positiva, que la hay, no ha adquirido todavía la forma de una teoría. Dicha contribución se deja más bien translucir en muchos momentos que tienen en ocasiones que ver con la exposición de los autores en los que se centra su libro. Muchas de estas exposiciones son enormemente matizadas y ricas, siempre alejadas de los reduccionismos y los clichés fáciles más propios de perezosos que de auténticos filósofos conocedores de su tradición. En estas exposiciones no sólo se muestra el abanico y profundidad de sus reflexiones sino también la sensibilidad filosófica con la que se hacen. Ser capaz de hacer esto en el panorama filosófico actual es ya una contribución positiva que evita, entre otras cosas, empezar la casa por el tejado o, incluso, por unos cimientos que nunca existieron.

Además, es importante tener en cuenta, una vez más, el contexto más general en el que se inscriben tanto “los avatares del fundamento” como el “problema mente-cuerpo”. En el primer caso, la defunción de todo programa fundamentalista de origen moderno, encarnada en el texto sobre todo en Wittgenstein y Quine, da como resultado la necesidad de asentar la relatividad cultural e histórica de las formas de vida y de sus sistemas conceptuales gracias a las cuales se produce la comprensión y acontece el sentido. Sin embargo, la quiebra del fundamentalismo a favor de la relatividad sociocultural no debe suponer la renuncia ciega al ideal ilustrado. La compatibilidad entre la renuncia al fundamentalismo y el ideal ilustrado debe buscarse más bien, según Sanfélix, en una versión reactivada de la ilustración en la que no se hace de la ciencia el discurso y la actividad privilegiados y todopoderosos entre los diversos discursos que cohabitan en las sociedades contemporáneas, tal y como pretende hacer la filosofía de orientación científicista, sino que, más bien, se indaga críticamente en el significado cultural y existencial de la ciencia dentro de un contexto de reflexión más amplio en el que los valores inspiradores de la ciencia –libertad de expresión, argumentación, etc.– tengan cabida. En el caso del problema mente-cuerpo este credo ilustrado anti-científicista se transforma en un rechazo de todo naturalismo que no tenga en cuenta la dimensión normativa del vocabulario intencional que nos permite hablar de las creencias como verdaderas o falsas, de las percepciones como normales o alucinatorias, de los deseos como racionales o irracionales, de las intenciones como rectas o dudosas.

En definitiva, éste es un libro lleno, que desborda conocimiento de los temas que trata así como respeto y sensibilidad hacia los autores que aborda sin dejar de lado el aspecto crítico. Es un libro tan rebotante que es también muchos libros: un libro sobre teoría del conocimiento y un libro sobre filosofía de la mente; un libro sobre metafilosofía y un libro sobre crítica cultural. Es de esperar, por lo mucho y bueno que se nos ha ofrecido ya, que, más que

un final, sea un comienzo para ver ampliados y retomados todos estos aspectos con el fin de disfrutar de las teorías articuladas del autor sobre ellos.

Oscar L. GONZÁLEZ-CASTÁN